

Gaetano Mosca y el problema de la responsabilidad social del intelectual	63
I. Introducción	63
II. La concepción de Mosca de la ciencia política	69
III. El concepto de clase política	74
IV. El concepto de defensa jurídica	79
V. Los juicios políticos sobre Gaetano Mosca	82
VI. Decisión política y decisión científica	85

## GAETANO MOSCA Y EL PROBLEMA DE LA RESPONSABILIDAD SOCIAL DEL INTELLECTUAL \*

### I. INTRODUCCIÓN

Quizá sea conveniente iniciar la redacción de este ensayo señalando los puntos de referencia que han de servirnos de base para su elaboración. En términos generales, dichos puntos pueden resumirse del siguiente modo:

- 1) Las doctrinas políticas no son, en última instancia, más que sistemas de respuestas a problemas históricos concretos y, como tales, no pueden ser entendidas en su verdadero alcance y significado más que a la luz de la situación histórico-social en que fueron pensadas. No hay verdades, teorías o doctrinas eternas. Hay solamente problemas más o menos permanentes. Y en la medida en que los problemas cambian o se resuelven, las teorías, históricamente, periclitán.
- 2) Consecuentemente, la exposición y la crítica de toda teoría política deberá estar siempre en función del modo en que selecciona, presenta y resuelve los problemas que, históricamente, está llamada a solucionar. Preside en el fondo de todo el pensamiento político una idea de efectividad histórica y es, precisamente, en el desarrollo de esa efectividad donde adquiere su significación más profunda. Lo que con indudable acierto Tocqueville y Stuart Mill observaron con relación a la democracia —al investigar los defectos de la democracia resultantes más bien de su éxito práctico que de su fracaso— puede ser, sin discriminación alguna, aplicado a cualquier otra doctrina política.
- 3) Quiere indicarse con todo ello que el juicio último a que está sometido todo el pensamiento político es un juicio que, sobrepasando las líneas inmanentes de su propia estructura conceptual, versa sobre su

\* Artículo publicado en *Boletín Informativo de Ciencia Política*, Madrid, núm. 7, agosto de 1971.

realidad objetiva, en cuanto fuerza histórica efectivamente operante. En la historia de las ideas políticas se juzgan no solamente las ideas, sino también las ideas en cuanto acciones que se plasman y manifiestan en la actividad política concreta.

- 4) Desde estas perspectivas, todo intelectual en general, y toda teoría política en particular, están, ineludiblemente, comprometidos. Determinar el alcance, los límites y la significación de ese compromiso, a través del análisis de la obra de Gaetano Mosca, es lo que sumariamente nos proponemos.

Como se comprende fácilmente, se trata de un planteamiento sustancialmente diferente al que, arrancando de una interpretación simplista de Max Weber, ha servido en muchos casos de modelo conductor a la problemática que, con posterioridad a él, se ha forjado sobre el tema de la responsabilidad social y política del intelectual. Para Weber, la cuestión capital reside en delimitar claramente los campos de cada actividad humana asignando a cada uno la ética que le corresponde. De este modo aparece una ética particular de la ciencia, que nada tiene que ver con la ética o las responsabilidades políticas. Su proclama al respecto es sobradamente conocida: “el deber de la ciencia es la neutralidad, la proscripción de los juicios de valor”.<sup>1</sup>

No es el momento ahora de dilucidar la cuestión sobre la posibilidad o no posibilidad del neutralismo teórico de la ciencia. Queremos indicar solamente que, aun en el supuesto de reconocer la legitimidad de una ciencia social no valorativa, quedarían siempre por fijar las previsibles utilidades que el político puede hacer con las normas, postulados o hipótesis manejados por el científico. Y es aquí donde la disociación entre el mundo de la ciencia y el mundo de la política, operada por el gran sociólogo y economista alemán, se hace confusa y tremendamente problemática.

<sup>1</sup> Esta posición se expresa claramente en la declaración programática del *Archivo de Ciencia y Política Social*, cuando en 1904 Max Weber asumió la dirección del mismo, en compañía de Edgar Jaffe y Werner Sombart. En dicha declaración se decía: “...Por estas razones, en las páginas de esta revista se hablará de política social de igual manera que se hablará de ciencia social. Pero no pensamos en absoluto designar como ciencia las discusiones sobre política social y, evitaremos, en cuanto podamos, mezclarlas y confundirlas”. Cfr. Weber, M., *Die Objektivität sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis*. Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre, Tübinga, 1951, p. 157. Tenbruck, F. T., *Die Genesis der Methodologie Max Weber*, Kölner Zeitschrift für Soziologie 11/4, 1959. Cfr. también M. Weber, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1956, y Weber, M., *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1969. Esta obra contiene una Introducción de Raymond Aron muy útil a este respecto.

Es cierto que difícilmente se puede imputar al intelectual el uso o el abuso que el político haga de sus ideas o de sus creaciones. La conversión de la ciencia en ideología no es, sin duda alguna, una operación científica, sino política. Pero no es menos cierto que —como ya entrevió el neohegeliano Droysen—<sup>2</sup> la función concreta del científico, o la función más genérica del intelectual, son también funciones sociales y, como tales, enjuiciables socialmente. En este sentido, la aporía ante la que se enfrenta el planteamiento de Weber es la siguiente: o se niega al intelectual todo tipo de responsabilidad social, en cuyo caso la vida política se pierde en el mundo de las falacias ideológicas, haciendo imposible una mínima formulación racionalmente moral de la misma o, por el contrario, se reconoce una posible responsabilidad práctica a las formulaciones de la ciencia, con lo cual, todo compromiso intelectual, la aceptación y el rechazo de ciertas ideas, presupone también, y el mismo tiempo impone, un compromiso político. Que este compromiso, externo a los imperativos y a los fines de la actividad científica, puede terminar arriesgando la lógica inmanente de la ciencia, es algo de lo que Weber es consciente. Por eso, llevando el problema a su máximo dramatismo, la cuestión sería, o salvar a la ciencia condenando a la política a la demiúrgica incomprensión de sus arcanos, o salvar a la política en detrimento de la neutralidad y la ética particular de la ciencia. Weber que, ante todo, era un científico, no duda en tomar partido a favor de la ciencia, condenando al mundo a sus propios e irreparables destinos. Con razón Raymond Aron ha podido escribir las siguientes palabras:

Las implicaciones nihilistas de algunos textos de Max Weber son innegables. He de añadir que el nihilismo fue una de las tendencias de su pensamiento. “Dios ha muerto, todo es lícito”. O al menos, “Dios ha muerto, cada cual elige su propio Dios, que tal vez será un demonio”. Pero no es esta tendencia la única que atraviesa su pensamiento. El nihilismo nietzscheano en el que a veces desembocaba era menos objeto de una elección deliberada que consecuencia semiinvoluntaria de un principio a sus ojos fundamental: la imposibilidad de mostrar científicamente un juicio de valor o un imperativo moral.<sup>3</sup>

No obstante, lo que no queda en claro es en qué medida la condenación del mundo en nombre de la ciencia permite la salvación de esta última. Es

<sup>2</sup> Citado por Mannheim en *Ideología e utopía*, Bologna, Il Mulino, 1957, p. 201.

<sup>3</sup> Aron, Raymond, Introducción a la obra de Max Weber: *El político y el científico*, op. cit., pp. 56 y 57.

la objeción fundamental que Leo Strauss, en su conocido libro *Derecho natural e historia*, enarboló contra Weber. Dicho en otros términos: ¿en qué medida tiene sentido y se puede construir una ciencia que es incapaz de juzgar la realidad que nutre sus propios contenidos? El agnosticismo y las visiones caóticas del mundo terminan, quíerese o no, convirtiéndose en un agnosticismo filosófico y científico, que hace extraordinariamente problemática la justificación de la ciencia y la propia condición humana del intelectual. Weber, que vivió esta tragedia, pudo superarla porque, consciente o inconscientemente, traicionó con frecuencia en la praxis intelectual que le impuso su corpulenta maquinaria razonadora, las convicciones metodológicas determinantes de sus puntos de partida. Desde estas perspectivas, su relativismo conceptual, por ejemplo, dejaba abierta la puerta a una posible subsunción de la actividad intelectual en una dialéctica social más amplia. Para él era claro que el científico no puede deducir juicios de valor, pues eso implicaría la introducción de la arbitrariedad en la ciencia. Sin embargo, lo que sí puede hacer el científico es —según sus mismas palabras— “clarificar el sentido último de sus propias acciones”,<sup>4</sup> precisar los resultados previsible de su propia actividad. Que estos resultados no permitan la formulación científica de un juicio moral sobre los mismos no impide, sin embargo, la posibilidad de su análisis y dependencia causal en el terreno de la praxis histórica. Y es aquí donde surgen los aspectos verdaderamente patéticos del quehacer intelectual y donde la disociación weberiana entre el mundo de la ciencia y el mundo de la política se descompone.

Tenemos que ver con claridad —dice Weber— que toda acción éticamente orientada puede ajustarse a dos máximas fundamentalmente distintas entre sí e irremediamente opuestas: puede orientarse conforma a la “ética de la convicción” o conforme sea idéntica a la falta de responsabilidad o la ética de la responsabilidad a la falta de convicción. No se trata, en absoluto, de

<sup>4</sup> Weber, M., *El político...*, op. cit., p. 223. Dahrendorf, Ralf, *Sociedad y libertad*, Madrid, 1966, p. 51, recoge en este sentido otra cita de Weber que encierra una opinión similar: “Para el científico la discusión sobre las valoraciones prácticas sólo puede tener sentido si es para hallar los axiomas valoristas últimos, de trabazón lógica interna, de los cuales parten opiniones contradictorias... deducir las consecuencias de la postura valorativa que se seguiría de determinados axiomas valorativos fundamentales si se basara en ella, y sólo en ella, la valoración práctica de hechos prácticos reales” y, sobre todo, “constatar las consecuencias fácticas que debería tener la realización práctica de una determinada postura, que debe valorarse de un modo práctico frente a un problema concreto”. Cita tomada de Weber, M., *Der Sinn der Wertfreiheit der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften*, p. 496.

esto. Pero sí hay una diferencia abismal entre obrar según la máxima de una ética de la convicción, tal como la que ordena (religiosamente hablando) “el cristiano obra bien y deja el resultado en manos de Dios” o según una máxima de la ética de la responsabilidad, como la que ordena tener en cuenta las consecuencias previsibles de la propia acción.<sup>5</sup>

Si la ética de la convicción es científicamente indemostrable, no ocurre otro tanto con la ética de la responsabilidad. El científico puede prever las consecuencias de sus acciones, enmarcando su actividad en el proceso social en el que opera y del que forma parte, y de acuerdo con el sistema de valores de su mundo y de su tiempo, ser también culpable o inocente. Es obvio que, en el relativismo histórico de Weber, un juicio de este tipo no podrá ser apocalípticamente definitivo. Pero no es menos claro que la ciencia se subsume así en el orden de los procesos sociales en los que de alguna manera forma parte.

Y son estas matizaciones de las que Weber, expresa o tácitamente, participa en el desarrollo concreto de su proceso intelectual, las que hacen de él un autor mucho más conscientemente comprometido con la praxis histórica de su tiempo que el resto de la mayoría de los alimentadores de la jerga positivista y del neutralismo científico. Estudiar el significado de ese neutralismo a ultranza, no crítico y las más de las veces caótico, y sus repercusiones sociales a través del análisis de la obra de Gaetano Mosca, puede resultar por ello no un mero análisis erudito, sino presentar un problema de permanente y palpitante actualidad.

Tres son los motivos por los que en relación con el tema de este ensayo la figura de Gaetano Mosca resulta singular y paradigmática.

En primer lugar, por una razón de justicia intelectual. El hecho de que el prestigio de Vilfredo Pareto haya oscurecido la figura de Mosca no debe hacer olvidar que fue Mosca quien por primera vez, y en su versión moderna, esbozó los supuestos fundamentales de la doctrina de las elites.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Weber, Max, *El político...*, *op. cit.*, pp. 163 y 164.

<sup>6</sup> En realidad fue el propio Mosca quien defendió la prioridad en el tiempo de su teoría sobre la de Pareto. *Cfr.* Mosca, Gaetano, “Piccola polemica”, *Riforma Sociale*, 1907, pp. 329 y ss.; reproducida luego en *Partiti e sindacati*, Bari, 1949, p. 116. En el mismo sentido se pronuncian Einaudi, L., “Dove si discorre di Pareto, di Mosca ed anche di de Viti”, *Riforma Sociale*, año XLI, vol. XLV (1934). Delle Piane, Mario, *Gaetano Mosca, classe politica e liberalismo*, Nápoles, 1952, pp. 304 y ss. Ciertamente, las tesis fundamentales de Mosca se encuentran ya recogidas en una obra aparecida en Turín en 1884 titulada *Sulle*

En segundo lugar, porque partiendo de un cientificismo impenitente y proclamando como principio fundamental la neutralidad axiológica, se trata de un autor cuya doctrina ha tenido una repercusión notable en el terreno de la demagogia política más reciente.

Por último —y esto es importante—, porque en Mosca el problema de responsabilidad social del intelectual se presenta en toda su complejidad de matices, en la medida en que la figura del intelectual se asocia a la figura del hombre, que también participa de alguna manera en la realidad política como hombre de acción.<sup>7</sup>

Como se comprende fácilmente, no es necesario realizar una exposición exhaustiva del pensamiento de Mosca. Para lo que ahora interesa bastará con clarificar su concepción de la ciencia, el concepto de clase política y el concepto de defensa jurídica tal y como se desarrollan en su obra fundamental, esto es, los *Elementi di scienza politica* que, como ha dicho alguno de sus expositores, constituye su verdadero “testamento científico”.<sup>8</sup>

*teoria dei governi e sul governo parlamentare (studi storici e sociali)*. Mucho antes, por tanto, que apareciesen las obras de Pareto: *I sistemi socialisti* (1902) y el *Trattato di sociologia generale* que se publicó después. Ahora bien, la indiscutible prioridad de Mosca sobre Pareto no indica que Mosca fuera un autor absolutamente original. El mismo Mosca reconoce una serie de precedentes y, en este sentido, cita los nombres de Maquiavelo, Saint-Simon, Sencer, Taine, etcétera. Por su parte, Rodolfo de Mattei, en “Ambrioni e anticipazioni della teoria della classe politica”, *Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto*, 1932, pp. 235 y ss., indica que desde los mismos orígenes del pensamiento político se pueden citar anticipaciones de la moderna doctrina de las elites. Lo que básicamente va a caracterizar a la moderna doctrina de las elites frente a todo el pensamiento anterior va a ser, justamente, su empleo como arma ideológica en contra de las concepciones democráticas y socialistas. Y es, desde esta perspectiva, desde la que Mosca es temporalmente anterior a Pareto.

<sup>7</sup> Aparte de haber sido profesor en las universidades de Turín, en la Universidad de Boconi de Milán y por último en Roma, Mosca estuvo implicado en la vida política de su tiempo. Dejando al margen su condición de revisor de cuentas a la Cámara de Diputados en 1887, fue elegido diputado en 1908, siendo después nombrado senador en 1919. Entre 1914 y 1916 desempeñó el cargo de subsecretario de Colonias en el ministerio ocupado por Salandra.

<sup>8</sup> Cfr. Pergolesi, Ferruccio, “Appunti sulla scienza politica di Gaetano Masca”, *Bolletino dell'Istituto Luigi Sturzo*, núm. 3, 1957, p. 219. Los *Elementi di scienza politica* se publicaron por primera vez en Turín en 1896. En las dos primeras reediciones de 1923 y 1939 (Bari) el autor hizo notables correcciones. Se volvieron a reeditar en 1947 y 1953. En este trabajo citamos por la edición de Laterza, Bari, 1953. En los *Elementi*, el autor recoge las tesis fundamentales de sus trabajos anteriores. Han sido traducidos al alemán (*Politik als Wissenschaft*, Kalsruhe, 1926) y al inglés (*The Ruling Class*, Nueva York, 1939, con una importante Introducción de A. Livingstone).

## II. LA CONCEPCIÓN DE MOSCA DE LA CIENCIA POLÍTICA

Delle Piane que, justamente con J. H. Meisel, ha sido quizá el autor que más detenida y seriamente ha estudiado el pensamiento de Mosca, afirma “que la doctrina de Mosca se cimenta en los mismos presupuestos generales y respira la misma atmósfera positivista de la que surge, por citar algunos nombres, el pensamiento de los Blunschli, los Zacariae, los Von Holzendorff, etcétera”.<sup>9</sup> Atmósfera —y esto conviene recalcarlo desde el principio— de la que igualmente participan ese otro grupo de nombres como Pareto, Michels, Ostrogorski, etcétera<sup>10</sup> y que, conjuntamente con Mosca, se han consagrado como los grandes formuladores del elitismo político. No será, por tanto, pura banalidad el detenerse a desentrañar el sentido de ese cientificismo que constituye, por una parte, el punto de coincidencia, y por otra, el último resorte legitimador de una doctrina política desarrollada con distintos matices y desde perspectivas diversas por diferentes autores.

El carácter ideológico y polémico que siempre tuvo el pensamiento político occidental bien pudiera simbolizarse en la conocida frase de Rousseau cuando en *El contrato social* escribe: “yo busco la razón y el derecho y no discuto los hechos”. Frente a él, como es sabido, se coloca la afirmación de Montesquieu, de *El espíritu de las leyes*, cuando escribe: “Aquí se dice lo que es y no lo que debe ser”. Se inicia así, en contraposición al normativismo racionalista tradicional, una nueva línea de pensamiento sobre la que, a lo largo del siglo XIX, y sobre todo a raíz de la especulación comtiana, se intentará la construcción de una ciencia política que, según el optimismoseudorracionalizante del positivismo decimonónico, habría de eliminar las persuasiones falaces y el utopismo vago de la filosofía política clásica. Al mundo del “deber ser” se opone el mundo del “ser”, al orden de las aspiraciones y de los ideales el orden de la realidad. Y es esta línea la que Mosca tomará como punto de partida de todo su sistema. No es la misión de la

<sup>9</sup> Delle Piane, Mario, “Bibliografía di G. Mosca”, *Studi Senesi*, Florencia, 1949, p. 199. Meisel, James H., *The Myth of the Ruling Class. Gaetano Mosca and the Elite*, Ann Arbor, 1958.

<sup>10</sup> Cfr. Pareto, *I sistemi socialisti*, Turín, 1951, *Tratado de sociología generale*, Firenze, 1923; Michels, R., *La sociología del partido político nella democrazia moderna*, Turín, 1924; *Nouvi studi della classe politica*, Roma, 1936. La obra de Ostrogorski, M., *La democratie et les partis politiques*, aunque marcando orientaciones metodológicas un tanto dispares, puede ser, sin embargo, incluida en el mismo grupo que las de los autores que acabamos de citar.



ciencia política —dirá— construir tipos de sociedades ideales,<sup>11</sup> sino la más humilde y limitada de tratar de describir la realidad tal cual es. Con ello se coloca en la línea del realismo político que en la historia del pensamiento italiano con tanto éxito inauguraron Maquiavelo y Guicciardini. No en vano tiene para ellos notables y elogiosas consideraciones,<sup>12</sup> y no en vano también se ha podido considerar a Mosca —como hace Brunham—<sup>13</sup> uno de los más preclaros maquiavelistas modernos.

Realismo frente a utopismo, análisis de los hechos frente a las descripciones ideales, constituirán las nuevas maneras de entender la política. Se cae así en el absolutismo de lo fáctico a lo que, por la asimilación ingenua del método inductivo tan brillantemente aplicado a las ciencias naturales, se le otorgarán también sus propias leyes y su propio lenguaje. Lo que importan son los hechos.

Una ciencia —escribirá Mosca— es siempre el resultado de un sistema de observaciones realizadas sobre un determinado orden de fenómenos, con especial atención y con métodos apropiados y coordinados, en modo tal, que permitan lograr el descubrimiento de verdades indiscutibles que para el observador vulgar y común permanecerían desconocidas.<sup>14</sup>

Y en otro lugar añade: “Si la ciencia política no ha entrado todavía en el periodo verdaderamente científico ello se debe, aparte de otras razones... a la casi imposibilidad, hasta hace pocos decenios, de tener un amplio y exacto conocimiento de los hechos de cuyo estudio pueden obtenerse las leyes que

<sup>11</sup> Su ataque al utopismo político clásico es constante. *Cfr. Elementi..., op. cit.*, pp. 8 y ss. *Cfr.* también Mosca, “L’utopia di Tommaso Moro ed il pensiero comunistico moderno”, *Studi in onore di Antonio Salandra*, Milán, 1928, p. 271. Sobre el carácter realista del pensamiento de G. Mosca, véase Maranini, Giuseppe, “Qualche osservazioni sopra il valore scientifico e pratico della teoria della classe politica”, *Studi in onore di Arrigo Solmi*, Milán, 1941, vol. I, p. 376.

<sup>12</sup> Meisel, J. H., *The Myth of the Ruling Class*, *op. cit.*, pp. 246-265, considera que Mosca no fue un admirador de Maquiavelo. El hecho de que —en los *Elementi..., op. cit.*, p. 296, o en su *Storia delle dottrine politiche*, Bari, 1937, p. 139, o en su trabajo “Encore quelques mots sur Le Prince de Machiavelli”, *Revue de Sciences Politiques*, vol. XLVIII (1925), pp. 481-599— haga ciertas críticas a Maquiavelo no es óbice para reconocer su maquiavelismo profundo. Tiene razón A. William Salomone cuando en *L’età giolittina*, Turín, 1949, p. 34, encuentra “hasta semejanzas de estilo”. Con relación a Guicciardini, la cuestión está clara: Mosca se pronuncia siempre favorablemente en torno a él.

<sup>13</sup> Burnham, James, *The Machiavellians (Defenders of freedom)*, Nueva York, 1943.

<sup>14</sup> *Elementi..., op. cit.*, p. 11.

regulan el ordenamiento político de las sociedades humanas”.<sup>15</sup> No es de extrañar, pues, que, bajo estas premisas, aparezca un nuevo estilo intelectual. Es el estilo de Pareto, de Michels, del propio Mosca, quienes siguiendo en esto también a Montesquieu se lanzan a una infatigable investigación histórica, a fin de encontrar esos hechos que habrán de permitir generalizar las leyes sobre las que ha de asentarse la nueva ciencia. Los múltiples ejemplos de Pareto en su *Trattato di sociologia generale*, como los múltiples ejemplos de Mosca en los *Elementi*, responden a esta necesidad. Más que muestras pedantes de erudición histórica se nos presentan, bajo este prisma, como apoyaturas inexorables de sus leyes.

Con ello se está produciendo un fenómeno que requiere especial atención, y es la particular manera que el positivismo tiene de concebir la historia. El método de la ciencia es, por supuesto, el método inductivo. Pero también es método histórico en la medida en que la historia se convierte en el arsenal de los datos sobre los que, posteriormente, ha de operar la inducción. Mosca lo expresa claramente:

es indiscutible que los progresos de la ciencia política se basan en el estudio de los hechos sociales, y estos hechos no se pueden obtener más que del estudio de la historia de las diversas naciones. En otras palabras, si la ciencia política se fundamenta en el estudio y la observación de los hechos políticos es al antiguo método histórico a donde debe volver.<sup>16</sup>

Ahora bien, bajo estas afirmaciones late una convicción muy profunda cuyo sentido conviene desentrañar, pues constituye el presupuesto fundamental y al mismo tiempo más débil de toda la actitud positivista. Al considerar la historia como la gran suministradora de datos sobre los que el científico ha de deducir sus leyes, tácitamente lo que se está sosteniendo es que la historia viene a ser para el científico de la política lo que la naturaleza para el científico de ésta. Y de igual manera que los hechos que la naturaleza proporciona no cambian, y por eso es viable la generalización legalista de los mismos, los hechos que proporciona la historia también son permanentes. Dicho en otras palabras: en la historia no hay cambio, evolución ni proceso alguno. De ahí la eterna verdad: *quid est quod fuit? Ipsum quod*

<sup>15</sup> *Elementi...*, *op. cit.*, pp. 14 y 15.

<sup>16</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, p. 64. Cfr. Mosca, “Ciò che la storia potrebbe insegnare”, *Studi in onore di Francesco Scaduto*, Florencia, 1936, vol. II, p. 199.

*futurum est*; lo que sucedió no es sino lo mismo que sucederá. El devenir histórico queda así reducido a la repetición constante de unos mismos caracteres que son los que corresponden a la naturaleza humana.

Quien ha viajado mucho —escribe Mosca— llega a la conclusión de que los hombres, bajo aparentes diferencias de hábitos y costumbres, en el fondo, son psicológicamente iguales. De igual modo, quien conoce la historia tiene una convicción análoga por lo que respecta a las distintas épocas de la civilización humana. Ojeando los documentos que nos informan de cómo vivieron, sintieron y pensaron los hombres de otros tiempos, la conclusión a la que se llega es siempre la misma: que eran extraordinariamente parecidos a nosotros.<sup>17</sup>

Es esta equivalente y permanente condición de la naturaleza humana la que hace posible la existencia de una ciencia política. Los fenómenos sociales se presentan “como el efecto de tendencias psicológicas constantes que determinan la acción de las masas humanas”.<sup>18</sup> Y serán esas tendencias las que pasarán por ello a ocupar la atención del científico. De este modo, como ya advirtiera Mannheim,<sup>19</sup> la ciencia social en general y la ciencia política en particular, en cuanto estudio de los caracteres comunes de los hombres en todos los tiempos y en todos los lugares, se disuelve en puro psicologismo. Si la equiparación de la historia a la naturaleza terminaba, como acabamos de ver, aniquilando toda posibilidad de evolución histórica, la reducción de la ciencia política a términos de psicología humana autodestruye todos los intentos de explicación del orden de lo fáctico. No hay hechos sociales objetivos. Sólo existen manifestaciones exteriores de la conciencia. El universo de los hechos, particular y distinto según los diversos momentos y circunstancias, acaba siendo algo asombroso e ininteligible y confuso. Al reconducirse todos los problemas históricos y sociales a unas leyes que se explican en virtud de las constantes de la naturaleza humana, lo que se hace en definitiva es ocultar los motivos concretos que, según cada época, determinan esos problemas. La voluntad de realismo, por extraña paradoja, pasa a ser una escandalosa fuga de la situación histórica concreta. El positivismo cae así en un vulgar idealismo, o, como dice Geymonat, “la ciencia se convierte en metafísica”.<sup>20</sup>

<sup>17</sup> *Elementi...*, *op. cit.*, p. 61.

<sup>18</sup> *Ibidem*, *op. cit.*, pp. 7 y ss.

<sup>19</sup> Mannheim, Karl, *Ideología e utopía*, *op. cit.*, p. 139.

<sup>20</sup> Geymonat, L., *Il pensiero scientifico*, Milán, 1958, p. 90.

Sobre ella, y siguiendo el viejo principio aristocratizante del humanismo estético, según el cual se piensa que la inteligencia no está condicionada socialmente,<sup>21</sup> se edificaría el mito de la neutralidad científica ante los valores. Tanto Pareto, como Michels, como Mosca coincidirán en lo mismo. No entra en los propósitos de la ciencia defender ni combatir doctrinas. Su única misión es buscar objetivamente la verdad y promover el conocimiento.<sup>22</sup> Es más, toda ciencia que de alguna manera se hace partidista se convierte en una ciencia inexorablemente falaz.

La negación del conocimiento del mundo histórico como totalidad, derivada, a su vez, de la eliminación de cualquier tipo de racionalidad objetiva, no sólo permite, sino que obliga, a la ciencia, a ser neutral. Puesto que la historia carece, en cuanto proceso, de sentido, no dejaría por ello de ser una arbitrariedad el pretender encontrárselo. De aquí arranca el ataque a todas las doctrinas que propusieron cualquier clase de ideales morales a los hombres, y de aquí parte también el profundo escepticismo de todos los teóricos del elitismo, consecuencia de una visión despreciable y pesimista de la naturaleza humana. Habida cuenta de que la historia es la plataforma donde se manifiesta la irracionalidad de los hombres, la misión de la ciencia debe quedar reducida a describirnos los modos en que opera y se traduce dicha irracionalidad. Todo el análisis parietano de las acciones no lógicas, como la descripción de Mosca de las fórmulas políticas, van encaminadas directamente a este fin. Con lo cual, queda pergeñada ya una posible imagen social del intelectual. Encerrado en su nirvana lógico, alejado del mundo, el intelectual se convierte en el público delator de una realidad cruel, ante la que sólo puede confesar su impotencia.

<sup>21</sup> Cfr. Tierno Galván, E., *Humanismo y sociedad*, Barcelona, 1964, pp. 40 y ss. “Una convicción humanista —escribe Tierno— consiste en que la inteligencia es incondicionada. Puede estar condicionada, pero constitutivamente no lo es. Por esta razón, en el proceso intelectual personal, el pensador puede separarse del mundo, y considerarlo objeto de un conocimiento que no está limitado en el orden especulativo por las condiciones del objeto. Esta posibilidad permite al intelectual poner la existencia entre paréntesis y considerar, fuera de la praxis, realidades inmutables”.

<sup>22</sup> Pareto advierte en el primer capítulo de su *Trattato di sociologia generale, op. cit.*, su deseo de seguir en sociología un método “puramente científico y objetivo” que nada tiene que ver con las sociologías humanitarias, filosofías, etc. Por otro lado, comienza su libro *I sistemi socialisti con las siguientes palabras*: “Este libro ha sido escrito con fines exclusivamente científicos. No pretende defender unas doctrinas y combatir otras. Tampoco tengo el deseo de persuadir a nadie. Sólo pretendo buscar objetivamente la verdad”, *op. cit.*, p. 3. Cfr. Fiorot, Dino, *Il realismo politico di Vilfredo Pareto*, Milán, 1969. Por lo que respecta a Michels, escribirá en la introducción de *La sociologia del partito politico...*, *op. cit.*, lo siguiente: “No es el principal objeto de la ciencia crear sistemas, sino promover el conocimiento”.

En verdad —escribe Mosca— el sentimiento que nace espontáneo de una rápida y no desfigurada síntesis de la historia de los pueblos, es la compasión por las cualidades contradictorias de la pobre masa humana; tan rica de abnegación, siempre pronta al sacrificio individual y, sin embargo, acompañando siempre a todos los intentos por lograr un mejoramiento moral o material, el desencadenamiento de odios, rencores y pasiones siniestras.<sup>23</sup>

No deja de ser chocante que este escéptico pesimismo aparezca justamente en el momento en que, en el plano histórico social concreto, se están librando las grandes batallas por traducir a la práctica las creencias democráticas. La pregunta surge inexorablemente: ¿en qué medida se trata de una actitud científica o en qué medida se trata de una actitud política encaminada a construir una argumentación lógicamente utilizable por la demagogia antidemocrática?

C. J. Friedrich y G. Lukács han llamado la atención sobre el hecho de que las doctrinas elitistas “eran todas vástagos de una sociedad que contenía todavía muchos vestigios feudales”, y que representaban otros tantos intentos diferentes de revivir viejas ideas de jerarquía social y de interponer obstáculos a la difusión de las nociones democráticas.<sup>24</sup> James Burnham, por el contrario, proclama y defiende las motivaciones científicas de este pensamiento.<sup>25</sup> Como es obvio, se trata de una discusión clave en el entendimiento del tema y sobre la que volveremos más adelante. Por el momento basta con dejarla planteada.

### III. EL CONCEPTO DE CLASE POLÍTICA

Partiendo de la idea de que la misión de la ciencia política es estudiar las tendencias psicológicas constantes que determinan la acción de las masas humanas, añade Mosca:

<sup>23</sup> Mosca, *Elementi...*, *op. cit.*, p. 346. De este escepticismo participa igualmente Pareto. Conf. Pasquale, “*Vilfredo Pareto, il sociologo*. Discorso all’Accademia di Lincei, nov., 1948”, *Giornale deglo Economist*, nov.-dic. de 1949.

<sup>24</sup> Esta opinión mantenida por Friedrich en *The new Image of the Common Man*, es compartida por T. B. Bottomore, en *Minorías selectas y sociedad*, Madrid, 1965, p. 21. G. Lukács, en *La distruzione della ragione*, ed. Einaudi, 1959 (versión italiana de *Die Zerstörung der Vernunft*, p. 636 escribe: “No es casualidad que el problema de la clase dirigente haya sido tratado, justamente, por sociólogos de países en donde no existía una denuncia burguesa efectivamente desarrollada (Max Weber en Alemania, y Pareto en Italia)”.

<sup>25</sup> Burnham, J., *The Machiavellians*, *op. cit.*

Entre las tendencias y los hechos constantes que se encuentran en todos los organismos políticos existe uno cuya evidencia es notoria: en todas las sociedades, comenzando por las más mediocrementemente desarrolladas y que han alcanzado apenas los albores de la civilización hasta las más avanzadas y poderosas, existen dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados. La primera, que es siempre la menos numerosa, cumple todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que al poder van unidas. Por el contrario, la segunda, más numerosa, es dirigida y controlada por la primera de un modo más o menos legal, más o menos arbitrario o violento, siendo, a su vez, la que proporciona a esta última los medios materiales de subsistencia y aquellos otros que son necesarios para la vitalidad del organismo político.<sup>26</sup>

La ciencia política ha descubierto su gran ley. A la naturaleza humana responde el hecho de que unos tienen que mandar y otros tienen que obedecer. O lo que es lo mismo: la desigualdad es consustancial a cualquier tipo de convivencia política. El resto de la obra de Mosca es una prolija enumeración de ejemplos, está encaminada a precisar la composición, la formación, los caracteres, los medios de dominación y actuación de la clase dirigente, así como sus sistemas de relaciones con la clase no dirigente. Surgen de este modo los conceptos de “fórmula política” —como expresión ideológica de las bases jurídicas y morales en que la clase política suele apoyar su poder— y de “tipo social”<sup>27</sup> —como expresión de las creencias y sentimientos comunes y en los que, para ser políticas efectivas, han de apoyarse las ideologías. No vamos a detenernos en este proceso de conceptualización mosquiana. Lo que importa señalar son las consecuencias derivadas de ese primer principio de la ciencia y que es quien debe poner en funcionamiento toda su maquinaria.

Si la primera constatación de la ciencia es la de que siempre hay una minoría que se impone a los demás, es claro que el análisis político debe versar sobre los medios de que esa minoría se sirve para obtener el poder y mantenerse en él. En otras palabras, la realidad política se construye en la sola lucha por el poder.

Rechazando las connotaciones dialécticas de la teoría darwiniana de la evolución, escribe Mosca: “Hemos transformado la lucha por la existencia

<sup>26</sup> *Elementi...*, *op. cit.*, p. 78.

<sup>27</sup> *Ibidem*, cap. III y IV, pp. 134 y ss.

en simple lucha por la preeminencia, la cual es la que realmente constituye un hecho constante que se produce en todas las sociedades humanas, tanto en las más civilizadas como en aquellas apenas salidas de la barbarie”.<sup>28</sup> Para triunfar en esa lucha no basta con tener elevación de ánimo, sabiduría, altruismo o cualidades similares. Al contrario, resultan mucho más útiles la ambición, la insensibilidad, la mentira y la fortuna. Se comprende ahora, en toda su profundidad, la veta maquiavélica del pensamiento de Mosca. Moral y política aparecen absolutamente desvinculadas.

Es cierto que Mosca introduce el concepto de fórmula política como instrumento moral del que se sirven las minorías para ocupar el poder. “La clase política —escribe— no justifica exclusivamente su poder con una sola posesión de hecho del mismo, sino que intenta darle una apoyatura moral y jurídica sobre la base de las creencias generalmente aceptadas en la sociedad donde manda. Esta base jurídica y moral es la fórmula política”.<sup>29</sup> Sin embargo, no es menos cierto que esta implementación moral no es más que el correlato ideológico de un hecho brutal y elemental que, presentado en su desnudez, no admite mixtificaciones de ningún tipo.

Merecería la pena estudiar las contradicciones en que, a partir de estos supuestos, y en el desarrollo de los mismos, incurre Gaetano Mosca. En la medida en que el proceso social se complica en las sociedades desarrolladas, se ve obligado a ensanchar su concepto de clase política distinguiendo, como hace Pareto, una elite social y una elite propiamente política. Su terminología, como dice Livingstone,<sup>30</sup> comienza a devenir confusa, y su propio proceso conceptual, contradictorio. Con razón, y en el mismo sentido, pudo sostener Gramsci que el concepto de “clase política” no era más que un acertijo.<sup>31</sup> Por el momento basten estas consideraciones que acabamos de realizar.

Lo que importa delatar ahora es el hecho siguiente: si la vida política se reduce a simple lucha por el poder en toda su irracionalidad y crudeza, y si

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 47 y 48.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 108 y ss. Hay una conexión evidente entre el concepto de Mosca de “fórmula política” y el concepto marxista de ideología. Conexión que nos limitamos a constatar, pero que plantea el problema de las influencias de Marx, aunque fuese para criticarlo, en los escritores elitistas.

<sup>30</sup> Livingstone, A., *The Ruling Class*, *op. cit.*, p. 9. A este respecto, *cf.* Bottomore, *op. cit.*, pp. 10 y ss.

<sup>31</sup> Gramsci, Antonio, *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Einaudi, 1955, p. 4, en nota.

en esa lucha el triunfo corresponde siempre a una minoría, quiere indicarse que todos los intentos por moralizar la historia carecen de sentido. Al contrario, la misión de la ciencia, que consiste “en buscar y exponer la verdad”, debe ser la de procurar eliminar todos los metafísicos optimismos. “A un entero sistema metafísico —dice Mosca— se debe oponer un entero sistema positivo”, según el cual, y como ya se ha visto, la única verdad, la gran verdad de la ciencia política, es “la de que el poder siempre será ejercitado por una minoría que ha tenido o que tendrá los medios de imponer su supremacía a la multitud”.<sup>32</sup>

Siguiendo su propia lógica hasta el fin, la ciencia política, que comienza declarándose incapaz de formular juicios morales de ningún tipo, se encuentra ahora, una vez descubierta su ley fundamental, en condiciones de entablar la polémica. Contradiciendo sus principios básicos están debatiéndose en la realidad histórica los ideales democráticos y socialistas que, a fin de cuentas, son los ideales de la igualdad. El cientificismo neutralista abandona sus posiciones iniciales y pasa al ataque. Mosca no se recata en sus diatribas contra la democracia y el socialismo, a quienes considera simples fórmulas políticas, simples ideologías ocultadoras de unos hechos y una realidad más profunda. Quizá convenga traer a colación alguno de sus textos como único y explícito comentario.

Con relación a la democracia, escribe Mosca:

Lo que sucede con las otras formas de gobierno, es decir, que la minoría organizada domina a la mayoría desorganizada, ocurre también, y en toda su amplitud, a pesar de las apariencias contrarias, con el sistema democrático y representativo. Cuando se dice que los electores eligen a su diputado se usa una locución impropia. La verdad es que el diputado se hace elegir por los electores, y si esta frase pareciese de alguna manera demasiado exagerada, podremos atemperarla diciendo que sus amigos lo hacen elegir. Sucede en las elecciones como en todas las demás manifestaciones de la vida social, a saber, que los individuos que tienen deseos y sobre todo los medios morales, intelectuales y materiales para imponerse a los demás, dominan sobre ellos y les imponen su voluntad.<sup>33</sup>

<sup>32</sup> *Elementi...*, op. cit., pp. 471 y 472.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 205. Las críticas de Mosca a la democracia y a las instituciones parlamentarias son constantes desde que, en 1884, publicó *Sulla teoria dei governi e sul governo parlamentare*, op. cit. Para Meisel en *The Myth of the Ruling Class*, op. cit., sin la existencia del socialismo se podría decir que hubiera sido demócrata. Como se comprende, se trata de una tesis rayana en la estupidez.



Respecto al socialismo, es mucho más incisivo y directo:

Ahora, en el mundo en que vivimos, sólo podrá detenerse el socialismo, si la ciencia política positiva logra destruir los actuales métodos apriorísticos y optimistas de las ciencias sociales, es decir, si el descubrimiento y la demostración de las grandes leyes constantes que se manifiestan en todas las sociedades humanas, pone en evidencia la imposibilidad de actualizar su concepción democrática. Con esta condición, y sólo con ella, los intelectuales se sustraerán a la influencia de la democracia social y constituirán un obstáculo invencible para su triunfo.<sup>34</sup>

Ni qué decir tiene que todas estas afirmaciones estaban formando, consciente o inconscientemente, los supuestos ideológicos en que se asentaría después la argumentación fascista. Cuando Mussolini proclama la falsedad de todas las doctrinas y defiende la política de la violencia y de la acción por la acción, como la única visión concreta y que tiene el valor de ser sincera en su descripción del mundo, no hace más que reproducir, a nivel propagandístico y seudoprofético, las tesis que, con anterioridad, fueron defendidas a nivel científico.<sup>35</sup> Sin embargo, hay que reconocer, y con ello aparece la problemática de este artículo presentada ya en toda su nitidez, que tanto Pareto como Mosca no apoyaron en el orden personal la política de la violencia ni los esquemas dictatoriales.<sup>36</sup> Al contrario, se sintieron vinculados humanamente a esa corriente liberal que caracteriza a una buena parte del pensamiento europeo de finales del siglo XIX y co-

<sup>34</sup> *Elementi...*, op. cit., p. 472.

<sup>35</sup> La condenación de todas las doctrinas filosófico-políticas como simples fórmulas políticas y la negación de todo carácter científico de las mismas, servirían para que Hitler en *Mein Kampf*, pudiera escribir impunemente: “Todas las doctrinas, todos los programas son inútiles: el elemento decisivo es la voluntad humana, el coraje viril, la fe sincera...”. En el mismo sentido Mussolini dirá: “Noi abbiamo creato il nostro mito. Il mito é una fede...”, etcétera, en *Scritti e discorsi*, Milán, 1934, vol. II, p. 345. Cfr. también Sabine, *Storia delle dottrine politiche*, Milán, 1959, pp. 675 y ss.

<sup>36</sup> La vinculación personal de Mosca con la política liberal italiana es clara. Respecto a Pareto, la situación es más confusa. Sólo una vez, en 1908, como señala Bousquet, se declaró “republicano federalista”. Cfr. Bousquet, Introducción a *I sistemi socialisti*, op. cit., p. 18. Sin embargo, se puede comprobar su espíritu liberal en una serie de casos. Por ejemplo, en 1898 por luchar contra la opresión se dedicó a defender a los socialistas italianos. Poco más tarde protestaba contra la persecución de los católicos en Francia. “No siendo ni socialista ni clerical escribe: he defendido siempre la libertad de unos y otros”. Cfr. Pareto, “Le péril socialista”, artículo publicado en *Journal des Economistes* de 15 de mayo de 1900.

mienzos del XX. Incluso Mosca dedica un buen número de páginas de su obra para justificar sus principios liberales. En estas circunstancias, ¿qué se puede decir de unos intelectuales que amando personalmente la libertad, científicamente la aniquilan? ¿Es que el esquema liberal no admite justificación teórica? Y si la admite, ¿cómo se puede compaginar con las formas de pensamiento que acabamos de exponer? Es éste el desesperado intento que Mosca pretende con su concepto de la “defensa jurídica”.

#### IV. EL CONCEPTO DE DEFENSA JURÍDICA

La pureza y la neutralidad, tantas veces proclamadas, del método científico, se resquebrajan desde el momento en que Mosca comienza a hablar de la defensa jurídica. Frente al análisis puramente descriptivo de la vida política se van a hacer necesarios ahora los juicios de valor. Ciertamente, Mosca, que era un liberal, un escéptico y un anticlerical típico del XIX, al verse obligado a hablar de los buenos y los malos gobiernos no se va a pronunciar nunca en términos absolutos. Contrariamente, opina que todas las concepciones absolutistas del mundo y de la vida son, por ello mismo, inmorales. De aquí su rechazo de la concepción cristiana. “Mientras la humanidad —escribe— sea concebida a imagen y semejanza de Dios, no será posible en el mundo una justicia absoluta”.<sup>37</sup> No obstante, y aunque rechace por utópicas las ideas de una justicia absoluta, sí cree en una justicia relativa:

En las sociedades bien ordenadas ha existido y existirá siempre una justicia relativa, es decir, un conjunto de leyes, de costumbres, de normas impuestas por la opinión pública, todas ellas viables según las épocas y los pueblos, pero en atención a las cuales se regula la que hemos denominado lucha por la preeminencia. O sea, el esfuerzo que cada individuo hace por mejorar y conservar la propia posición social.<sup>38</sup>

En todo caso quedan por definir con precisión los contenidos de esa “justicia relativa”, esencialmente variable, y los mecanismos en virtud de los cuales se puede, desde el punto de vista intelectual, pronunciarse sobre su aceptación o su rechazo. Pero, sobre todo, lo que queda por justificar es

<sup>37</sup> *Elementi...*, *op. cit.*, pp. 156 y ss.

<sup>38</sup> *Idem.*

su posibilidad de actuación teniendo en cuenta, desde el realismo en que Mosca opera, el funcionamiento de la vida política, tal y como él la describe. Si se admite, por un lado, la existencia de la clase política y, por otro, que el sentido moral de esta clase no es el más elevado de la sociedad en que actúa (los mejores —como antes indicábamos— en el orden político no son los mejores en el orden moral), ¿cómo se puede evitar que la moralidad general no perezca en manos de los engaños, fraudes y mentiras de la clase política?

Aparece así el concepto de defensa jurídica. “Lo que llamamos defensa jurídica —dice Mosca— no es más que el conjunto de mecanismos que regulan la disciplina del sentido moral y a través de los cuales se logra que la moralidad general controle las manifestaciones de la inmoralidad individual...”;<sup>39</sup> habrá que aludir, por tanto, a esos mecanismos a fin de precisar su funcionamiento, su operatividad y su sentido.

Convencido del carácter egoísta de la naturaleza humana, no cree Mosca que los principios éticos o religiosos puedan servir socialmente como medios para una adecuada defensa jurídica. A su juicio, fórmulas como “ama a tu prójimo como a ti mismo” o “no quieras para los demás lo que no desearías para ti”, señalan metas inalcanzables. Los temores religiosos lejanos, de condenación o salvación eterna, no son válidos. En consecuencia, es necesario reconocer que sólo la ley, en cuanto temor próximo e inexorable, aparece como medida de defensa de la moralidad colectiva. La ley y el juez que la aplica, dice, “representan el instrumento del sentido moral de todos, frenando las pasiones y los malos instintos de cada uno”.<sup>40</sup> Ser libres bajo el imperio de la ley. He aquí el sueño liberal de Mosca.<sup>41</sup> Tanto los gobernantes (la clase política) como los gobernados deben estar sometidos a este precioso mecanismo —ley y juez— que constituye la defensa jurídica.

Ahora bien, la pregunta queda en pie: si la clase política en cuanto clase dominante es la dueña del aparato coercitivo del Estado, ¿en virtud de qué razones hay que pensar que pueda someterse a él? Como sostiene Delle Piane,<sup>42</sup>

<sup>39</sup> *Idem.*

<sup>40</sup> *Idem.*

<sup>41</sup> *Idem.* Por eso hace suya la definición de libertad de Guicciardini. “Difícilmente —escribe Mosca— se puede encontrar una definición más rigurosamente científica sobre la libertad política que la propuesta por Guicciardini, para quien la libertad política es: un prevalecer de las leyes y de los ordenamientos públicos sobre los apetitos de los hombres, comprendiendo también a aquellos que tienen en sus manos el poder”.

<sup>42</sup> Piane, Delle, *Bibliografia di G. Mosca*, *op. cit.*, p. 226.

toda idea del control y la sumisión del gobernante no pasa de ser, desde sus premisas, un buen deseo, una nota moralista, pero sin efectividad alguna.

En definitiva, se trata de un liberalismo difícil de cimentar en el plano histórico real. No se comprende muy bien cómo los mecanismos de la defensa jurídica —ley y juez— pueden llegar a ser operativos. Para paliar esta dificultad, los clásicos del pensamiento liberal, expresa o tácitamente, habían hecho coincidir los términos de participación democrática y libertad política. El siguiente texto de Orlando es claramente confirmatorio al respecto:

La idea del Estado incluye a los ciudadanos llamados a participar en el gobierno. Este elemento, que no es esencial a la noción abstracta de Estado, se ha hecho, sin embargo, esencial a la idea del Estado moderno: forma en la que la participación popular en la cosa pública, tiene una organización. De esta manera, aparece la noción de libertad popular.<sup>43</sup>

La reconversión del individuo en el Estado y el sometimiento del Estado a la ley son dos facetas de un mismo proceso que se consagra en la creación de los órganos populares representativos (parlamentos o asambleas nacionales), que al entender la ley como expresión de la voluntad general y al representar, por otra parte, dicha voluntad, simbolizan el punto de inflexión histórico a partir del cual, y al menos dentro de ciertos límites, democracia y liberalismo coinciden.<sup>44</sup> Como es lógico, Mosca, que desde sus primeros escritos aparece como un crítico empedernido de las instituciones parlamentarias y que, como hemos visto, es también un detractor del pensamiento y de las ideas democráticas, difícilmente puede encontrar ahora apoyaturas que legitimen social y políticamente sus convicciones liberales. Sin embargo, es consciente de que, a pesar de todo, en el plano histórico han existido sociedades donde los mecanismos de la defensa jurídica han tenido validez. Apela entonces a las teorías del régimen mixto de Polibio, a la división de poderes de Montesquieu, y al pluralismo social tal y como lo entendía el liberalismo conservador decimonónico.<sup>45</sup>

Se produce así una contradicción notable en su pensamiento: la clase política, producto de una ley científico-histórica, según la cual, su dominio

<sup>43</sup> Orlando, “Teoria giuridica delle guarantee della libertà”, *Biblioteca di Scienze Politiche di A. Brunalti*, Turín, 1890, vol. V, p. 925.

<sup>44</sup> Sartori, Giovanni, *Aspectos de la democracia*, México, 1965, cap. XV, pp. 355 y ss.

<sup>45</sup> *Elementi...*, op. cit., pp. 179 y ss.

es inexorable en cualquier clase de sociedad resulta ahora, en algunas de ellas, sometida a controles sociales que, en definitiva, expresan la voluntad de las mayorías, esto es, el sentido moral general. La disyuntiva es evidente: o Mosca cree en la ciencia, en cuyo caso se vería obligado a rechazar por moralismo utópico su concepto de defensa jurídico, o Mosca cree en la historia, diferenciadora de regímenes, con buenos o malos gobiernos (según prevalezca o no la voluntad de la ley), en cuyo caso tendría que abandonar sus supuestos metodológicos y conclusiones científicas. Su falta de pronunciamiento en uno u otro sentido es lo que hace a la postre de él un liberal problemático y un científico confuso. Por ello, quizá, no le falte razón a Gramsci cuando sostiene “que el libro de Mosca es una disparatada mezcla de carácter sociológico y positivista, lleno además de la tendenciosidad de la política inmediata que lo hace menos indigesto, aunque literalmente resulte más vivaz”.<sup>46</sup>

## V. LOS JUICIOS POLÍTICOS SOBRE GAETANO MOSCA

Después de lo expuesto, si hay algo que se puede afirmar respecto a Gaetano Mosca es que su pensamiento es, esencialmente, contradictorio. Llevados a sus últimas consecuencias los conceptos de clase política y de defensa jurídica, terminan, por necesidad, siendo incompatibles. G. Vaccari expresa esta misma opinión cuando escribe:

...la noción de defensa jurídica no afecta para nada a la teoría de la clase política y, por lo tanto, no la liberaliza. Al contrario, es su teoría de la clase política quien condiciona la noción de defensa jurídica, haciéndola menos operativa y menos liberal. En realidad, las dos nociones tienden a contradecirse mutuamente.<sup>47</sup>

Se ha creado de este modo una imagen extraordinariamente confusa del verdadero significado del pensamiento de Mosca. Al lado del Mosca escéptico, teórico del elitismo, y cuya doctrina, como dijo Renzo Sereno,<sup>48</sup> bien

<sup>46</sup> Gramsci, Antonio, *op. cit.*, p. 4.

<sup>47</sup> Vacari, G., “Critica di un concetto di scienza politica”, *Studia Ghisleriana: Studi letterari filosofici storici*, serie II, vol. I, 1950, pp. 293 y ss.

<sup>48</sup> Sereno, Renzo, “Gaetano Mosca e la dottrina della classe politica”, *L'ordine fascista*, A. IX (1930), p. 166.

podía ser considerada como la fórmula política más contundente y clara del régimen fascista, aparece el Mosca liberal de la defensa jurídica. Confusión que toma desproporcionadas dimensiones en la medida en que el fascismo no se atrevió públicamente a proclamar la teoría de Mosca como uno de los fundamentos básicos de su filosofía. A ello se oponían dos razones fundamentales: en primer lugar, la misma noción de defensa jurídica. Y en segundo lugar, su condición de político liberal. Mosca, que durante toda su vida había sido un liberal destacado, y que vivió casi plenamente toda la aventura mussoliniana, difícilmente podía obtener una consagración intelectual por el fascismo militante.<sup>49</sup>

Esta actitud del fascismo —no sólo respecto a Mosca, sino también a Pareto— ha servido para que la crítica liberal potencie la imagen de un elitismo democrático. Es la tesis de Bobbio, por ejemplo, cuando dice:

En los dos mayores doctrinarios y creadores de la doctrina del fascismo, el filósofo Gentile y el jurista Rocco, la teoría de las élites no tuvo parte, ni siquiera periférica... Los verdaderos prosélitos de la teoría de la clase política no han sido escritores fascistas, sino antifascistas y democráticos... El único intento serio de afinar y de aplicar las ideas de Mosca ha sido realizado por el demorradical, discípulo de Gobetti, Guido Dorso, y la única reelaboración de las ideas de Pareto... ha sido emprendida por el demoliberal paretiano Filipp Burzio.<sup>50</sup>

No obstante —y resulta por ello extraño que autores de la altura intelectual de Bobbio o de Sartori puedan mantener afirmaciones de este tipo— el hecho de que el fascismo no potencie a nivel demagógico y propagandístico la teoría de las élites, no quiere decir que no la utilice y se sirva de ella. Ahí está el testimonio de Renzo Sereno que acabamos de citar. Y ahí están, por poner sólo algunos ejemplos, los testimonios de Olivetti o De Mattei. En un artículo publicado en *Il Popolo d'Italia* el 21 de febrero de 1929, titulado “Mandato político e mandato corporativo”, Olivetti recoge las múl-

<sup>49</sup> Mosca, nacido en Palermo el 1 de abril de 1858, murió en Roma el 8 de noviembre de 1941. Prácticamente, por tanto, conoció y vivió casi toda la carrera política de Mussolini.

<sup>50</sup> Bobbio, N., “Fatti e valori nella teoria delle ‘élites’”, *Comunità*, núm. 80, 1960, p. 4. En el mismo sentido, Sartori, Giovanni, *Aspectos de la democracia*, op. cit. p. 123. Cfr. también Bobbio, N., *Gaetano Mosca e la scienza politica*, Quaderno 46, Accademia dei Lincei, Roma, 1960, p. 11. Dorso, Guido, *Dittatura, classe politica e classe dirigente*, Turín, 1949. Burzio, Filippo, *Essenza e attualità del liberalismo*, Turín, 1945.

tiples aplicaciones fascistas del pensamiento de Mosca. Igualmente se pronuncia De Mattei en otro artículo publicado en 1931, en *Educazione Fascista*, donde distinguiendo al Mosca pensador del Mosca político liberal, termina por exclamar: “che il secondo dovrà rendere dei conti al primo”.<sup>51</sup> Es más, como veremos más adelante, la conexión entre Mosca —y el caso de Pareto son en este sentido similares— y el fascismo, no hay que buscarla tanto en la utilización que los teóricos mussolinianos hicieron de sus teorías, como en la preparación social, en la creación de un ambiente favorable con sus críticas a la democracia, para el desenvolvimiento posterior a la demagogia fascista. En este sentido, difícilmente podrían encontrarse vetas liberales y democráticas en el elitismo. Es la opinión casi unánime de los autores que se han preocupado del tema. Baste, por citar algunos ejemplos, los nombres de Spitz, Vaccari, Friedrich, Lukács, Bottomore, etcétera.<sup>52</sup>

Lo que no ha impedido, sin embargo, que se siga reconociendo el espíritu liberal del Mosca político y de la defensa jurídica que, como escribe Gobetti, cuando en 1923 fue trasladado de la Universidad de Torino a la Universidad de Roma, no acudió a ésta: “para inventar teorías justificadoras de los vendedores, sino a entonar su canto sobre la libertad”.<sup>53</sup> La idea de un Mosca liberal es defendida entre otros por Guido Dorso, Delle Piane, Meisel, Passerin d’Entreves, etcétera.<sup>54</sup>

Como es obvio, se trata de una defensa en la que los argumentos intelectuales se entremezclan, por fuerza, con las consideraciones personales. Es cierto que, si bien Mosca mantuvo en un primer momento una actitud confusa con relación al fascismo, a quien contempló en benévola expectativa como movimiento tráfuga que podía eliminar las esperanzas socialistas,<sup>55</sup>

<sup>51</sup> Mattei, Rodolfo de, “La dottrina della classe politica e il fascismo”, *Educazione Fascista*, a. IX, 1931, pp. 675-689.

<sup>52</sup> Por no hacer interminable la bibliografía recogemos sólo los nombres de los autores ya citados a cuyas obras nos referimos. La cita de Spitz se debe a que es uno de los pocos autores americanos que se pronuncian en este sentido. Cfr. Spitz, *Patterns of antidemocratic thought*, Nueva York, 1949.

<sup>53</sup> Gobetti, “Gaetano Mosca: un conservatore galantuomo”, *La Rivoluzione Liberal*, a. III, núm. 18.

<sup>54</sup> Dorso, Guido, *op. cit.*; Piane, Delle, *op. cit.*, Meisel, *op. cit.*; Passerin d’Entreves, “Gaetano Mosca e la libertà”, *Il Politico*, IV, 1959. Como es obvio, esta lista podría multiplicarse. Nos remitimos a las obras de Delle Piane ya citadas.

<sup>55</sup> La actitud de Mosca respecto al fascismo fue, en un primer momento, ciertamente confusa, por no decir de apoyo total. Dos discursos parlamentarios, de 31 de marzo de 1920 y de 27 de noviembre de 1922, son claramente reveladores a este respecto. Delle Piane en

su trayectoria personal no traicionó los ideales liberales. Instalado Mussolini en el poder, con más permanencia de lo que en un principio maquiavélicamente había pensado, el viejo liberal resurge y su actitud crítica hacia el fascismo la mantendrá prácticamente hasta la muerte. Basta para comprobarlo la lectura de su trabajo “Lo Stato cita antico e lo Stato rappresentativo moderno”.<sup>56</sup> Por ello, si resultaba antes difícil encontrar vetas liberales y democráticas en el elitismo, no resulta menos difícil ahora acusar de antiliberal a un hombre que en su trayectoria vital y, en atención a sus deseos personales, no lo fue.

La contradicción entre el Mosca teórico de la clase política y el Mosca de la defensa jurídica se complica, pues, con una contradicción mucho más profunda y a la que, en definitiva, se reconduce toda la problemática: por un lado, aparece la imagen de Mosca como hombre y, por otro, como intelectual. Con lo cual, el tema de la responsabilidad social y política del intelectual se nos presenta en todo su patético dramatismo.

## VI. DECISIÓN POLÍTICA Y DECISIÓN CIENTÍFICA

La contradicción entre el Mosca intelectual (antidemocrático) y el Mosca político (liberal) no hace más que expresar en un plano personal la distinción positivista entre conocimiento y decisión. En última instancia, se trata de la separación entre las convicciones científicas y las convicciones morales, como pertenecientes a mundos diferentes. Entendida la política como *Machtpolitik*, y negado cualquier tipo de proceso histórico del que el hombre participe como constructor racional del mismo, la ciencia queda sin esquemas referenciales objetivos para poder construir ninguna clase de juicio moral. A lo sumo que puede aspirar, partiendo de la existencia de una ética objetivamente no demostrable, es a analizar los nexos deductivos de

*Bibliografía...*, *op. cit.*, p. 369, resume esta actitud del siguiente modo: el temor de Mosca al comunismo le llevó a apoyar al fascismo como medio de destrucción de aquél, convencido de que, una vez derrotado, el fascismo también pasaría y se restablecerían las libertades estatutarias. Ni qué decir tiene que fue una postura maquiavélica y equívocada que pone muy en duda su crédito liberal. Sin embargo, hay que reconocer que no sólo no fue después un corifeo más de Mussolini, sino, incluso, un detractor. Comportamiento muy distinto al del decepcionado socialista Michels, que, como es sabido, se alistó en los fascios.

<sup>56</sup> Mosca, “Lo Stato cita antico e lo Stato rappresentativo moderno”, *Riforma Sociale*, a. XXI, 1924, vol. XXV, pp. 97-112.



enunciados derivados de los juicios de valor que, tomados como axiomas, se consideren evidentes. Ahora bien, el hecho de que tales axiomas no sean accesibles a la comprensión racional impone que su aceptación o su rechazo sean siempre producto de una decisión. Las decisiones podrán interpretarse en un sentido existencial-personal (Sartre), en un sentido puramente político (Carl Schmitt) o de un modo institucionalista, partiendo de premisas antropológicas (Gehlen); pero la tesis, en el fondo, será la misma, a saber: que las decisiones importantes para la vida práctica no son reemplazables por la reflexión científica.<sup>57</sup> De este modo, la política, en cuanto acción, se concentra en un ámbito puramente personal, decisionista, en el que se subsumen todas las responsabilidades. Hablar de una ética intelectual deja de tener sentido.

Naturalmente, esta liberación de la ciencia de sus responsabilidades históricas y sociales no pasa de ser un intento fallido. Se da, en primer lugar, la circunstancia de que la separación entre el doble papel del intelectual como científico y como ciudadano, no corresponde en su nitidez teórica con sus resultados en el terreno de la praxis.<sup>58</sup> Al contrario, ocurre que los procesos decisionistas personales suelen ser socialmente irrelevantes, mientras que son los neutralistas resultados científicos los que se traducen históricamente de un modo operativo; en otras palabras, el influjo y el poder de convencimiento social de un Mosca o de un Pareto, por ejemplo, no se deben a sus actitudes o decisiones como ciudadanos, sino a su condición de intelectuales. El Mosca que ahora nos importa no es el político de los discursos parlamentarios, más o menos grandilocuentemente liberales, sino el autor de los *Elementi di scienza politica*. Se quiera o no, y en ello reside justamente la grandeza y la miseria del intelectual, la figura personal del científico acaba diluyéndose en sus ideas. Y fueron esas ideas las que, en la historia italiana de comienzos de siglo, marcaron el tránsito de la concepción política liberal a las concepciones políticas de fuerza.

Una de las razones —escribe Sartori— de que la democracia prefascista resultara ser tan frágil cuando se puso a prueba, es que sus ideales habían

<sup>57</sup> Cfr. Habermas, Jürgen, *Teoría y praxis*, Buenos Aires, 1966, p. 142.

<sup>58</sup> Max Weber planteó la cuestión de este modo: el científico puede tomar decisiones, por un lado, como científico y, por otro, como ciudadano. Pero lo que no puede es permitir que sus decisiones ciudadanas influyeran su labor científica. La praxis histórica en la que el hombre se desenvuelve como ciudadano es ajena a la lógica y al proceso de la ciencia. Cfr. Dahrenfor, R., *Sozialwissenschaft und Werturteil*, Munich, 1961, p. 27.

quedado desgastados y que los partidarios naturales de la democracia liberal fueron, aunque en gran parte sin intención, responsables de ello. De 1920 a 1924 muchas figuras públicas con convicciones democráticas y liberales se encontraron, casi sin darse cuenta, dentro de las filas de quienes estaban trabajando por la destrucción de libertad, de manera tal que no sólo se inflaron artificialmente las filas antidemocráticas, sino que los partidarios de la democracia fueron despojados de contingentes que, en realidad, les pertenecían.<sup>59</sup>

No admite duda alguna el hecho de que, cuando Pareto o Mosca, en nombre de la ciencia, niegan el valor de toda la construcción democrática, o cuando Croce, en nombre de la *Realpolitik*, condena como hipócritas las apelaciones a las diosas *justicia* y *humanidad*,<sup>60</sup> están preparando inevitablemente el terreno a la demagogia mussoliniana. Aun en contra de su voluntad se produce una conexión inevitable entre sus formas de pensamiento y unas formas de vida social y política determinadas. Y desde estas perspectivas desde donde sus deseos y aspiraciones en el plano personal resultan éticamente indiferentes apareciendo, por el contrario, un orden de responsabilidades que sólo pueden dilucidarse a nivel científico. El tema de la responsabilidad intelectual se perfila así en sus límites correctos. Porque el intelectual opera en el orden social con ideas es de ellas de quienes debe responder también socialmente. Consciente o inconscientemente, esto es lo de menos, el intelectual se compromete con sus propias ideas. Tomar partido por unas o por otras condiciona su responsabilidad como intelectual.

La reconversión en el ámbito de la ciencia de un problema eminentemente práctico como éste, es obvio que sólo se puede dilucidar trascendiendo desde la praxis la propia lógica científica. Sin embargo, no se trata sólo de aclarar los resultados y consecuencias sociales de una determinada formulación teórica. Quizá fuera ésta la mayor limitación de Max Weber. De lo que se trata, fundamentalmente, es de situar a la ciencia en su propio proceso histórico y causal, y desde él, responder a estas preguntas: ¿es que la ciencia no arranca también de un proceso decisorio? Y si la contestación es afirmativa: ¿es que las decisiones que marcan los puntos de partida no pueden enjuiciarse como decisiones prácticas o —llevando el interrogante a sus últimas consecuencias— como decisiones propiamente políticas?

<sup>59</sup> Sartori, Giovanni, *Aspectos de la democracia*, op. cit., p. 50.

<sup>60</sup> Cfr. Croce, B., *Materialismo storico ed economia marxistica*, Bari, 1919, Introducción, p. XIV.

Weber señaló ya cómo la propia mecánica del comportamiento teórico requiere, en todo caso, partir de determinados puntos de vista y seleccionar aquellos aspectos de la realidad que aparecen más relevantes. En la base del mismo existe siempre una decisión metacientífica y esencialmente valorativa por la cual se hacen prevalecer, entre los múltiples matices que la realidad ofrece, unos sobre otros. En este sentido, y prácticamente hasta el siglo XIX, la ciencia tomó un partido claro a favor de la razón.<sup>61</sup> La decisión científica subjetiva se realizaba en función de las decisiones objetivas que marcaba la razón misma en su decurso histórico en cuanto proceso racional. Los puntos de partida del científico se veían orientados, desde el principio, por la evolución histórica de una razón inmanente al mundo de la que el hombre participaba como sujeto creador y como objeto, al mismo tiempo, del conocimiento. Decidirse por la ciencia equivalía, por tanto, a asumir el papel de liberador de una humanidad que sólo desde el saber y la comprensión de sí misma podía encontrar su destino salvador. Las palabras que Paul Thiry d'Holbach coloca en la introducción de su *Sistema de la naturaleza* son claramente reveladoras a este respecto:

Al error debemos —dice— las oprimentes cadenas que en todas partes los déspotas y los sacerdotes forjan para los pueblos. Al error debemos la esclavitud en la cual languidecen los pueblos en casi todos los países... Al error debemos los terrores religiosos, que en todas partes paralizan a los hombres con el temor y les inducen a ser víctimas de matanzas, en aras de sombrías quimeras. Al error debemos las arraigadas enemistades, las persecuciones bárbaras, los constantes derramamientos de sangre y las indignantes tragedias.

El supuesto subyacente a esta forma de pensamiento reside en la creencia de que existe una convergencia entre verdad y dicha, entre error y sufrimiento. Con lo cual, la moralidad histórica objetiva se resuelve en una potenciación y desarrollo del conocimiento. La decisión científica se convierte así en una decisión política, y la decisión política aparece orientada por el esclarecimiento de la historia universal, en cuanto praxis, donde se distienden las diversas etapas de la emancipación humana. Merecería la pena estudiar el desarrollo de esta concepción en el idealismo alemán, para llegar a su comprensión definitiva en el sistema de Marx donde, en contra de lo que muchas veces se ha pensado, no se rompen de un modo rotundo los supues-

<sup>61</sup> Cfr. Horkheimer y Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, Amsterdam, 1947.

tos de un Kant, un Fichte y, sobre todo, de Hegel. En todo caso, lo que importa señalar es que la decisión científica en pro de la razón, la decisión de ser racional, no sólo es el resultado de una ordenación histórica objetivamente progresiva y, en cuanto tal, asimilable, sino que, además, dicha decisión genera unos resultados teóricos que, convertidos en praxis, determinan la propia racionalidad de la historia. La razón y la decisión de ser racional se hacen, pues, términos equivalentes.<sup>62</sup>

Contra esta argumentación es contra la que se levanta la concepción positivista. A la negación de la convergencia entre verdad y dicha, error y sufrimiento del siglo XVIII, como creencia ingenua y teóricamente inde demostrable, sucede la negación de la posibilidad de comprensión del mundo como totalidad histórica. La noción de una racionalidad objetiva desaparece, quedando además desacreditada como una noción dogmática, y frente a ella se coloca un mundo de hechos disformes y sin sentido, al que la ciencia tratará de explicar al nivel particularizado de la conciencia subjetiva, sin ningún tipo de connotaciones prácticas. La decisión científica se libera de cualquier clase de motivaciones valorativas, y la decisión política aparece como indemostrable manifestación del actuar humano. Desde estas perspectivas la racionalidad positivista, particularizada y subjetiva, deviene inexorablemente, como dice Kalakowski,<sup>63</sup> una especie de condenación del mundo, que la hace profundamente irracional.

A pesar de todo, desde el punto de vista positivista es perfectamente legítima la acusación de apriorismo y dogmatismo en todas aquellas posiciones que, proclamando una racionalidad objetiva, llegan a la identificación entre las decisiones científicas y las decisiones de la vida práctica. La pretensión de eliminar el “a priori”, naturalmente sin conseguirlo, constituyó la gran aspiración de Engels y de Lenin, al proclamar una dialéctica general de la naturaleza. Desde otras perspectivas, es esa también la pretensión de casi todos los intentos modernos de fundamentación empírica de la dialéc-

<sup>62</sup> Cfr. Tierno Galván, E., *Razón mecánica y razón dialéctica*, Madrid, 1969, p. 260. “La reducción de la ciencia —escribe Tierno— a los intereses prácticos de la moral, a la que tiende el proceso dialéctico de la especie sólo puede haberse, según Marx, por la política y revolucionariamente. Moral y revolución tienen que coincidir políticamente con las exigencias de la ciencia”. En esta obra de Tierno Galván puede confrontarse, además, el proceso —por lo que ahora interesa— que va de Kant a Marx, pasando por Fichte, Schelling, Hegel, Feuerbach. Cfr. también Scheltz, W., *J. G. Fichte. Verunft und Freiheit*, Pfullingen, 1962.

<sup>63</sup> Kalakowski, Leszek, *El racionalismo como ideología*, Barcelona, 1970, pp. 72 y ss.

tica. Es el caso de Gurvitch, por ejemplo, en *Dialéctica y sociología*, o de Kosik, en su *Dialéctica de lo concreto*. Se olvida, no obstante, que todas estas fundamentaciones, al realizarse en algo exterior al hombre, terminan siempre, como dijo Merleau-Ponty, abortando, porque sólo en el hombre puede darse la unificación del sujeto y el objeto del conocimiento que, como es sabido, constituye el motor de la dialéctica.<sup>64</sup>

Ahora bien, la existencia de un a priori —de lo que el propio Hegel fue consciente— no implica, sin embargo, la destrucción de la validez del razonar dialéctico. A lo que obliga, simplemente, es a subsumir ese a priori como una necesidad que puede ser disuelta y eliminada en el transcurso del razonamiento. Fue la gran aportación de Hegel, al establecer la unidad del proceso del conocimiento y del movimiento del objeto. La dialéctica encuentra en sí misma la eliminación de todo lo previamente no fundamentado (a priori), porque el movimiento de lo real coincide con el movimiento del pensamiento. Lo que supone, epistemológicamente, la superación del dualismo objeto-sujeto. Tomados por separado objeto y sujeto, son abstracciones sin realidad objetiva (*Wirklichkeit*) ni existencia empírica (*Dasein*). Lo que existe en realidad es el sujeto conociendo al objeto y el objeto en cuanto es conocido por el sujeto. A esta unidad básica sujeto-objeto es a lo que Hegel llamó espíritu o idea absoluta, en la que el acto de conocer se presenta como un acto humano que reivindica en sí mismo una formulación y una vocación prácticas.<sup>65</sup>

La acusación del apriorismo es, por lo tanto, válida, pero habrá que añadir inmediatamente que es válida sólo desde el punto de vista positivista, en la medida en que ese apriorismo es reconocido —aunque según el positivismo no resuelto— por aquellos precisamente a quienes se pretende atacar. El problema se centra ahora en saber cómo los positivistas pueden, ellos mismos, liberarse de los prejuicios dogmáticos y de los a priori. Mosca y Pareto, que desde luego no poseen la madurez lógica de los hombres del Círculo Vienés o de un Carnap, Popper o Morris, por ejemplo, hablan insistentemente de la necesidad de liberarse de los prejuicios.<sup>66</sup> Para ello apelan a la ciencia en cuanto sistema de conocimiento puramente descripti-

<sup>64</sup> Merleau-Ponty, Maurice, *Les aventures de la dialectique*, París, 1955, p. 45 (nota).

<sup>65</sup> Cfr. Vega, Pedro de, “Dialéctica y política”, *Boletín Informativo de Ciencia Política*, Madrid, núm. 3, 1970, p. 106.

<sup>66</sup> Cfr. Mosca, *Elementi...*, op. cit., cap. I y cap. X. En el mismo sentido Pareto, *I sistemi socialisti*, op. cit., cap. I.

vo que no implica ningún orden de valoraciones previo. Y he aquí la cuestión capital: la ciencia pasa a ser un valor en sí mismo. Lo que no acarrearía mayores inconvenientes si esta decisión a favor del conocimiento científico no sirviera de punto de apoyo para realizar la crítica ideológica de las posiciones contrarias. En efecto: ¿cómo se puede justificar ninguna crítica ideológica si previamente no se fundamenta valorativamente la superioridad teórica del saber científico positivista? Más aún: ¿cómo puede justificarse la ciencia en el plano social y en el plano humano, en cuanto iluminación de la conciencia, si previa y apriorísticamente no se la reconoce como un valor en sí mismo?

La acusación de apriorismo y dogmatismo a las posiciones racionalistas aparece ahora como problema que el positivismo, voluntariamente alejado de la praxis, tendría que empezar por autoplantearse. La diferencia está en que, mientras desde perspectivas racionalistas, la acusación no se desprecia y de algún modo intenta resolverse, desde el cientificismo neutralista se considera como una cuestión ya resuelta y que, por principio, se ignora.

Resumiendo: en la base de toda actitud intelectual hay siempre una decisión humana. Se reproduce así la vieja y conocida sentencia de Fichte según la cual el hecho de elegir una u otra filosofía depende de qué clase de hombre se es. En este sentido se puede afirmar, corriendo el riesgo implícito en todas las simplificaciones, que el tomar partido por una razón operante en el plano histórico objetivo, o el ir contra ella, no hace más que expresar a nivel ideológico las tensiones que en el orden político-práctico están latiendo en la evolución de la historia universal de los dos últimos siglos. Desprovista de sus connotaciones dogmáticas, no es absolutamente disparatada la afirmación de Lukács, cuando sostiene que la polémica racionalismo-irracionalismo pudiera interpretarse como el reflejo de la lucha de clases en la filosofía.<sup>67</sup>

Es desde estas premisas desde donde resulta perfectamente inteligible el sentido político de la obra de Gaetano Mosca. Si, como decimos al principio, las doctrinas políticas no son más que sistemas de respuestas a problemas históricos concretos, y es en el modo de seleccionar y resolver esos problemas donde radica su significación más profunda, se comprende ahora el verdadero objetivo del primer teórico del elitismo. Instalado en un mundo en el que están librando las grandes batallas por la realización del credo democrático, en cuanto expresión práctica de todo el racionalismo

<sup>67</sup> Lukács, *La distruzione della ragione*, op. cit., pp. 6 y 7.

filosófico, no deja de ser sorprendente que, en lugar de plantearse e intentar resolver los problemas que esa gran gestación histórica lleva consigo, apele a unas formas de pensamiento en las que los intereses históricos concretos se disipan irremediabilmente. Su decisión científica por la neutralidad aparece así como respuesta a un compromiso que se elude en el plano real, para resolverlo en el plano científico desde la negación de su formulación por considerarla incorrecta. Dicho más claramente, cuando la historia coloca el dilema en el orden político entre democracia o dictadura, y en el orden socioeconómico entre socialismo y capitalismo, Mosca —como el resto de los elitistas— afirma haber encontrado un *tertium d'atur*, que hace absolutamente insostenible ese planteamiento. No es cuestión a partir de entonces de tomar una decisión a favor o en contra de las disyuntivas que la historia establece. La decisión que hay que tomar es a favor o en contra de la ciencia, en cuyo caso, cuando uno se decide por la ciencia, el ser demócrata o dictatorial, socialista o capitalista, deja de tener sentido. La decisión científica se presenta como la mejor manera de salvar el compromiso y la decisión política concreta.

El carácter apoloético indirecto del *statu quo*, de los poderes constituidos, es la misión que, a través de una coartada casi perfecta, se asignará ahora a la ciencia política. Tienen perfecta razón —como anteriormente indicábamos— C. J. Friedrich y G. Lukács, cuando sostienen que las doctrinas elitistas “eran todas vástagos de una sociedad que contenía todavía muchos residuos feudales” y que representaban otros tantos intentos diferentes de revivir viejas ideas de jerarquía social, y de interponer obstáculos a la difusión de las ideas democráticas.

Pero la ciencia, y particularmente el científico, no pueden eludir por mucho tiempo las cuestiones que la realidad y la historia les presentan, so pena de quedar anquilosados en un marginalismo suicida. Tarde o temprano la coartada del neutralismo se rompe. Y a partir de ese momento la lucha por la democracia o la dictadura, por el socialismo o el capitalismo deja de ser un sinsentido para pasar a ocupar un papel primordial. Ciertamente, Mosca no va a tomar la decisión política de hacer la apoloética abierta ni de la dictadura ni del capitalismo. La ciencia no permite estas cosas. Sin embargo, lo que la ciencia sí permite son los ataques enconados a la democracia y al socialismo como ficciones y mixtificaciones de una realidad cruel.

Difícilmente se puede seguir hablando, en estas circunstancias, de un neutralismo político de la ciencia. La teoría de las elites, como *tertium datur* de un dilema histórico insalvable, adquiere su genuina dimensión política

cuando se la contempla a la luz de la situación que la engendró. Lejos de aparecer como una visión imparcial de los acontecimientos sociales, se presenta como un arma ideológica, producto de una decisión claramente política, de los intereses antidemocráticos. Y son estos intereses los que, amparados por el neutralismo, harán que resurja una y otra vez la concepción elitista, dando actualidad en el orden teórico a un tema, que en el orden práctico es explicable por unos motivos sociales y económicos que nada tienen que ver con el encuadre psicologista e ideológico en el que dicho tema se formula.